

HOMENAJE A ANA MARI MARÍN. SU PINTURA ES EMOCIÓN Y EXPLOSIÓN VITALISTA DE COLOR.

Pello FERNÁNDEZ OYAREGUI
pellofernandezoyaregui@gmail.com

Ana Mari Marín es la decana de los pintores de Baztan; cumplidos sus 87 años, más de 70, es decir toda una vida, los ha dedicado a su pasión de pintar. En este artículo hacemos un recorrido por su interesante periplo vital, analizamos y contextualizamos su obra pictórica. Al mismo tiempo, nos adentramos en su otra pasión, que es el Baztan, valle al que ha dedicado un incansable trabajo, tanto dentro de las instituciones como fuera de ellas.

NOTAS BIOGRÁFICAS Y CONTEXTUALIZACIÓN ARTÍSTICA

Al igual que Próspero Merimée en su célebre obra *Carmen*, hacía que su protagonista don José de Lizarrabengoa, se proclamara vasco de origen, nacido en Elizondo, en el Valle de Baztan, igualmente se autodefinía Ana Mari Marín en 1990, en el marco de una semana cultural dedicada al valle en Donostia. No es casualidad que hiciera alarde de su origen, ya que la Pintura y Baztan, serán los dos ejes sobre los cuales pivote su existencia, formando parte de su misma esencia dando así sentido a su vida.

Nacida en Elizondo el 13 de agosto de 1933, en la casa familiar de los Marín en Paularena, joya de la arquitectura ecléctica elizondarra. Corrían aires de libertad, rápidamente truncados tres años después con el estallido de la guerra civil, que tendría consecuencias directas para la pintora. Su padre Blas Marín, por su afiliación republicana y por haber ejercido el cargo de alcalde del Valle de Baztan dentro de esta ideología, era avisado de su inclusión en las listas de la represión, el mismo día que enterraba a su madre, el 23 de julio de 1936, por lo que desde el mismo cementerio de Elizondo, partió hacia el exilio a Aldudes y poco después su familia, entre ellos Ana Mari, que solo contaba con tres años de edad. Se sucedieron las estancias en Ainhoa, Louhosoa, Donibane Garazi y Bayona. Esta dura

situación del exilio, solo se vio mitigada por la buena posición económica de la familia, ya que su padre fue representante de la Peugeot de Bayona. A los seis años vuelve a San Sebastián, bajo el cargo de su amoña Elisa Arín, que encauzará su educación en esta ciudad y posteriormente en Irún. Estas duras vivencias marcarán su infancia y forjarán su fuerte carácter. Toda esta situación no se normalizará hasta 1948, año en que se produjo la reagrupación familiar en su Elizondo natal, de donde tuvo que salir por la fuerza años antes, como hemos citado anteriormente.

Sus primeros contactos con la pintura fueron cuando a la edad de trece años, recibió clases de dibujo en la academia donostiarra de Mareló Lasheras, y cuando fue reforzando su afición al pasar muchas horas viendo a Ciga pintar al aire libre y del natural y como ella misma contaba, el disfrute y aprendizaje que esto suponía, al tiempo que limpiaba sus pinceles en el aska.

Es precisamente en este año de 1948, cuando se produce el encuentro con quién será su primer maestro e impulsor de su carrera pictórica Ismael Fidalgo, pintor del barrio minero de Alén (Sopuerta - Bizkaia), que llegaba en ese año a Baztan para realizar su servicio militar, y a este valle quedará ligado pictóricamente hasta su muerte en 2010. Junto con José Mari Apezetxea, y la propia Ana Mari Marín, formaron el núcleo duro de la pintura Baztandarra, al que posteriormente se irán sumando los nuevos valores.

A partir de 1953, su vida dará un giro radical, cuando sus amigos Fidalgo e Ibarrola le animaron a dar el salto a Madrid, ya que anteriormente ellos se habían instalado en la capital y colaboraban con Oteiza en su taller. Aunque la vida cultural madrileña se resentía por el férreo control de la dictadura franquista, las dos Escuelas de Vallecas y las figuras de Benjamín Palencia con un trazo más gestual e intuitivo y Vázquez Díaz con una concepción más constructivista que tanta influencia ejercerá en la Escuela del Bidasoa, supusieron una auténtica renovación estética, pero siempre dentro de la figuración. Estas experiencias artísticas cristalizarán en la Escuela de Madrid con nombres como Álvaro Delgado, José García Guerrero, Martínez Novillo, Gregorio del Olmo. Otros renovadores próximos a estos postulados estéticos, fueron Díaz Caneja, Zabaleta, Ortega Muñoz. Entre todos ellos había relación pictórica en torno a las nuevas galerías que apostaban por el cambio artístico, ejemplo de ello fueron las Galerías Buchholz y Biosca. Así mismo, eventos como la primera Bienal de Arte Hispanoamericano y la aparición de nuevas revistas y publicaciones de arte, incentivaron el nuevo panorama artístico. Otro foco de innovación pictórica, sería el Círculo de Bellas Artes en torno a Agustín Redondela, María Paz Jiménez, José Caballero, Agustín Ibarrola, Álvaro Delgado, Menchu Gal, Ramón Faraldo (crítico del diario Ya), etc. Este contexto artístico impacta de manera decisiva en una joven Ana Mari, que ávida de aprendizaje y de nuevas experiencias pictóricas, no dudará en sumergirse en esta nueva realidad artística, quedando atrás, su tranquila vida en Baztan.

Es en este Círculo de Bellas Artes donde Ana Mari Marín, recibe su formación pictórica y entrará en contacto con aquellos pintores. Ligado a este centro se convocaban los premios de pintura de la revista Arte y Hogar, que servían de acicate a estos y otros pintores. En su cuarta edición en 1954, cuando solo contaba con 21 años es seleccionada para participar en ese evento, junto con los grandes artistas nombrados anteriormente. El propio Faraldo, hizo una elogiosa crítica reconociendo sus aptitudes como joven pintora que apuntaba maneras y augurándole un buen futuro.

El otro referente en Ana Mari será Menchu Gal, de la cual recibirá sus consejos para dirigir su carrera pictórica, y una gran influencia estilística; le unía a ella lazos de parentesco lejano y gran amistad familiar, ya que era ahijada de su amoña Elisa Arín. Menchu, le intro-

ducirá en los círculos artísticos de la capital, y Ana Mari acudirá diariamente a su estudio madrileño, compartiendo largas sesiones de pintura y de amistad, que se prolongarán en las estancias veraniegas y otoñales de Menchu en Baztan.



Ana Mari Marín en su estudio (años 60).

En 1960 tras la muerte de su padre, ella se hará cargo de la gestoría administrativa familiar, además de la representación de Iberia y su labor de mediación con los pastores Baztandarras y vascos que fueron a Estados Unidos, a los cuales les gestionaba los trámites burocráticos y laborales, a ello tenemos que añadir su cargo de concejala de Baztan, como veremos más adelante. Todo esto hizo que en esta década, su dedicación pictórica se viera disminuida, para retomarla con fuerza en las décadas siguientes y a partir de su jubilación al final de los años noventa, con dedicación exclusiva. Es así, como podemos explicar que su obra sea tan extensa, realizada a lo largo de setenta años, en muchas ocasiones ejecutada en sesiones maratónicas que a veces superaban las diez horas, sobre todo cuando a partir de 2004, instaló su estudio en la casa rectoral de Amaiur, que además de un lugar físico para pintar fue un auténtico refugio espiritual. Como resultado, tenemos una obra fecunda, difícil de cuantificar y catalogar por su dispersión, que abarca miles de obras, que son la expresión artística de toda una vida.

A NÁLISIS PICTÓRICO DE SU OBRA

Su pintura entronca con una utilización subjetiva y lírica del color, lo que le da un aire expresionista y en general fauvista. Es expresionista, porque sale de lo más profundo de su interior, pero no en forma de grito o queja dolorida, sino de una alegría desbordante y vitalista como ella misma, y otras veces como tribulación contenida, expresión de un mundo interior rico pero complejo. Su optimismo vital lo expresa a través del color, Ana Mari en ese sentido, es profundamente fauvista y encaja perfectamente en este estilo pictórico, cuya esencia es esa alegría de vivir o como decían ellos, *joie de vivre* o nuestra *bi-zipoza*.



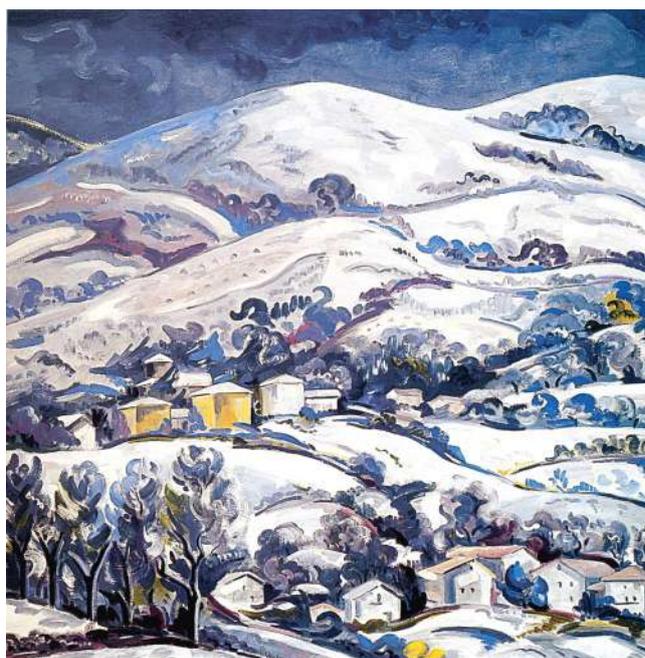
Canta gallo acorralado, 1974,
óleo sobre tabla, 88 X 116 cm.

Su pintura es emoción y explosión vitalista de color, matéria y gestual, que se traducirá en su particular grafía pictórica cuyo rasgo más definitorio es su trazo ondulante y curvilíneo, que se transforma en su peculiar *caracoleo*, creando una suerte de arabesco donde líneas y pinceladas se retuercen para crear un lenguaje pictórico propio, que hace que un cuadro suyo sea fácilmente reconocible, porque por encima de todo, es expresión del alma y de su yo interior. La pintura de Ana Mari es biomórfica como la naturaleza misma, huye de la línea recta y del frío geometrismo, para abrazar las sinuosidades y formas redondeadas que le ofrece el paisaje Baztandarra. Los constructos geométricos de los caseríos, bordas, lajas, metas e incluso el paisaje urbano, son un contrapunto que se ven rodeados por la dulzura de sus formas, que lo envuelven todo. Otro aspecto característico son sus celajes, siempre en movimiento, poblados de nubes rotas y serpenteantes, que dan dinamismo a la obra.

En cuanto al procedimiento pictórico, diremos que este va precedido de apuntes y bocetos hechos con lápiz o rotulador. Muestra gran facilidad para ello y lo hace de manera rápida y segura, pero en su ejercicio de libertad, no se somete excesivamente a esta estructura dibujística, que a veces podía presentar descuidos, siendo estas imperfecciones parte de su concepción artística, donde solo la naturaleza es perfecta.

Su pintura tiene una estética barroca, porque su idea sobre el arte es barroquizante, en el sentido de llenar todos sus cuadros con sus formas, en una especie de "*horror vacui*", que define su concepción artística. En este aspecto, se nos muestra muy lejana a los principios artísticos de su gran amigo y consejero Oteiza. Este, dentro de su concepción minimalista del arte y de su viaje iniciático al vacío y a la nada, le invitaba a quitar elementos pictóricos, pero Ana Mari no siguió por estos derroteros, y creó su universo pictórico propio. El mismo Oteiza definió su obra, como "la pintura desde el Baztan". Al igual que el escultor oriotarra, no fue partidaria de la obra perfecta, es más, ciertas imperfecciones individualizan y hacen más original si cabe la obra artística. Ana Mari como Van Gogh, huye de la corrección dibujística, en favor del potencial expresivo del arte. Esta heterodoxia es patente en su pintura y un factor singularizador de la misma.

Este mundo armónico, es potenciado por una gama cromática atrevida e incluso violenta y fauvista, donde rojos, naranjas, ocres, amarillos, azules, malvas y morados dan rien-



Aniz nevado, 1977 óleo sobre tabla,
100 x 100 cm.



Irurita, 1981, óleo sobre tablex, 51 x 62 cm.

da suelta a esa utilización intuitiva, lírica, y personalista del color, donde aflora el expresionismo siempre latente en su obra.

Admiró a Van Gogh, recorrió los lugares de su periplo vital, estudió su obra y se dolió de su angustia existencial, compartiendo una manera de entender la pintura, que procede del interior del artista. De él tomará esa pasión por el color amarillo rabioso, que en Ana Mari se plasmará en esas amplias bandas de campos de colza y de girasoles de este color.

En cuanto a las técnicas, si generalmente trabaja al óleo, donde se registran sus grandes obras, es en la acuarela donde Ana Mari hace su aportación más original, constituyendo sus joyas más preciadas y dejando constancia de su maestría en esta difícil técnica. Sus acuarelas constituyen una experiencia pictórica íntima, y muy personalista. Son ligeras, gráciles, libres y en algunas ocasiones participan

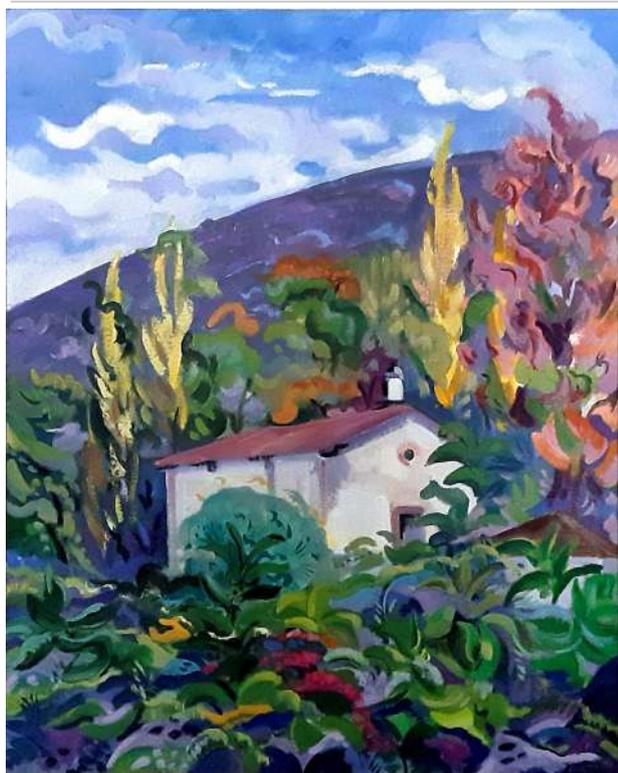
de la espontaneidad e ingenuidad de la estética naïf. En esta técnica, el blanco del fondo del papel, refulge con todo su esplendor, rodeado de una sinfonía de colores que desde la intensidad, se van degradando hasta conseguir las transparencias más sutiles y las formas más evanescentes, todo ello rebosante de una rabiosa luminosidad que le da viveza a la obra. La pincelada gestual se torna en esta técnica en caligráfica, poblando todo el lienzo de un mundo de signos, que se transforman en for-

mas que definen su imaginario estético y expresan su rico mundo interior.

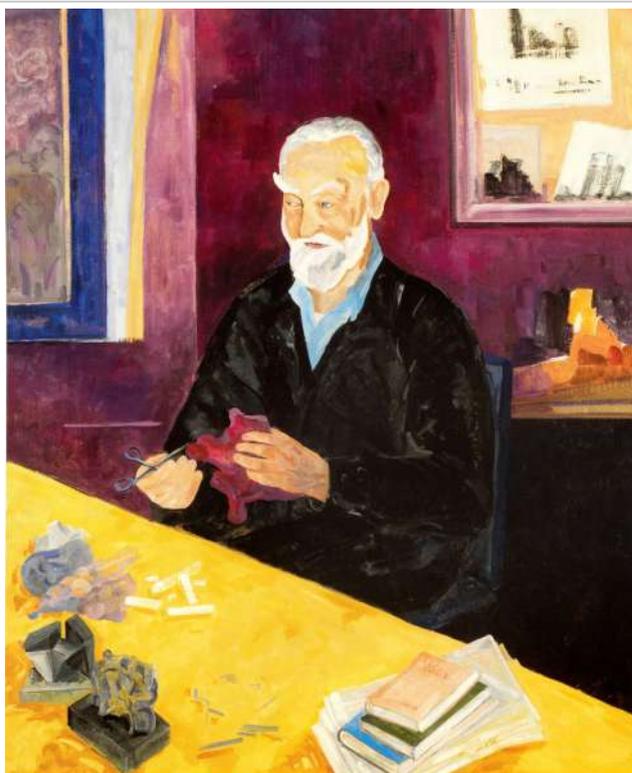
Con respecto a los géneros son muy variados: vendimias, marinas, bodegones y naturalezas muertas, donde sobresalen sus alegres y coloridas composiciones florales donde no puede faltar el violín de su hermano Gregorio. En

Bodegón de Tellagorria, 1993, óleo sobre tabla, 122 x 150 cm.





*Ariztegi (Gartzain), 1993.
Óleo sobre tabla. 60 x 50 cm.*



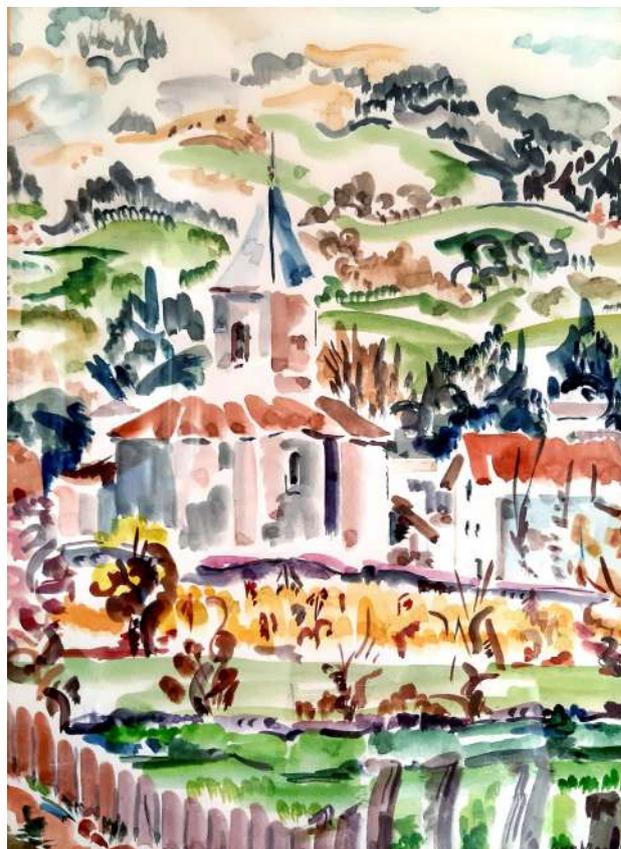
*Jorge Oteiza, 1999.
Óleo en tabla. 150 x 122 cm.*

Ana Marín

Toda una vida 1955-2013



*Sarmientos — Vendimia, 2008,
Óleo sobre tabla, 61 x 50 cm.*



*Iglesia de Elbete, 1990.
Acuarela, 40 x 30 cm.*

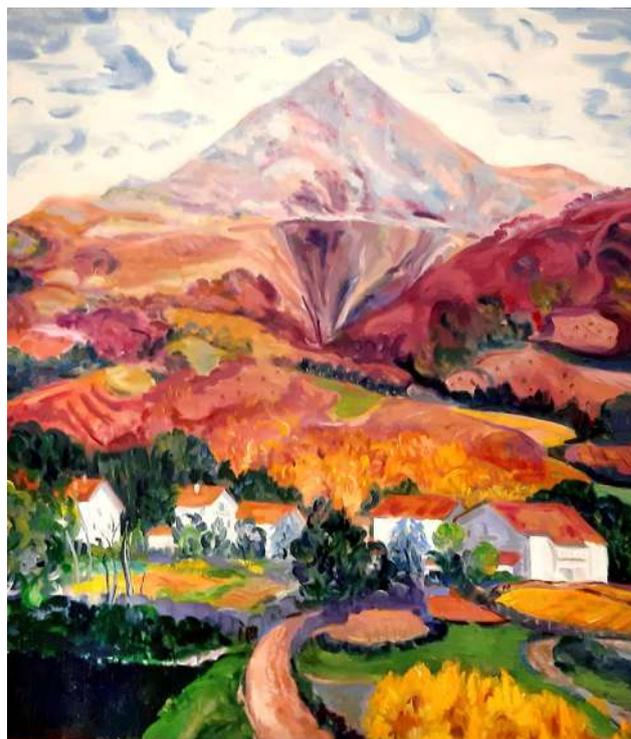


Bahía de Txingudi, 2012, óleo sobre tabla, 100 x 100 cm.

ocasiones, estas vistas interiores nos dejan ver a través de sus ventanas esos paisajes siempre omnipresentes, (como si fueran esa *veduta* o *vista* que comunica con el exterior, a la manera del renacimiento y barroco italiano). Especialmente hermosas y originales son sus marinas y vendimias; en las primeras, sobre la intensa mancha azul del mar, flotan sus panzudos barcos de formas curvas, al fondo las montañas cierran este delicioso paisaje, en el caso de la vendimias, sarmientos y labriegos que recogen la uva se retuercen en formas curvilíneas que contrastan con las bandas rojizas y ocre de este singular paisaje.

Así mismo, se dedicó con ahínco a la pintura costumbrista y etnográfica como expresión fiel de un país, plasmando danzas, carnavales y tradiciones.

En cuanto al retrato, nunca lo ejecuta por encargo, sino que es expresión de amistad y vivencia, huyendo del parecido fiel, se adentra y hace aflorar la personalidad del retrata-



Gorramendi, 2017, óleo sobre tabla, 85 x 75 cm.

do, dándole un toque y una visión totalmente personalista.

Entre todos los géneros, hay uno que sobresale sobre los demás: el paisaje de Baztan. En su carrera pictórica, muchas han sido las geografías plasmadas: La Rioja, Castilla, Andalucía, Francia, Holanda, Reino Unido, Italia, San Petesburgo y un largo etcétera. Sin embargo, es este paisaje Baztandarra, vivido y amado antes que pintado, quién define su esencia pictórica. En su extensa obra, se puede decir que pintó los quince pueblos que conforman el valle e inmortalizó aquellos *txokos* de mayor encanto. Este paisaje idílico y bucólico, se convierte en esa Arcadia, que es *locus o lurra* referencial, como expresión platónica del Bien y de la Belleza. Montañas sinuosas, verdes intensos, caseríos blancos que ponen el contrapunto geométrico, manchas de color de la frondosa foresta, pero sobre todo la rabiosa gama cromática del otoño Baztandarra con sus rojos, ocres, marrones y sus especiales malvas y morados. El crítico de arte y poeta bilbaíno, Mario Ángel Marrodán, ahondó en la relación de su pintura y el valle y decía así: " ... Artista de notable inquietud humana y de indudable calidad colorística, Ana Marín nos demuestra la compenetración entre el pintor y el ambiente, su identificación con el medio. Ana Marín pinta al Baztan haciendo poesía..."

Uno de sus temas referenciales es Gorramendi que al igual que Cézanne y su mítica montaña Sainte-Victoire, pintó en numerosa ocasiones y en los dos casos, la montaña protectora se convierte en musa y símbolo. Con Ana Mari, adquiere esa forma de macizo piramidal, de tonos rojizos, malvas y morados intensos que se hace uno con el cielo, cerrando el espacio. Así se convierte en elemento vertebrador, donde los elementos del paisaje se van colocando en una suerte de perspectiva ascendente con un calculado y aparente desorden.

La nieve con su poder de transfiguración de los paisajes le subyugaba a Ana Mari, que esperaba su llegada con la ansiedad de una niña, y una vez inmersa en ella, daba rienda suelta a una singular gama cromática fría en base a blancos, azules, violetas y morados.

Otro aspecto poco investigado en la obra de Ana Mari, es su incursión en temas con mayor profundidad ideológica. Así hacia 1970, pinta la interesante obra *Dieu existe*, como homenaje a su autor André Frossard, reafirmandose en las crisis existencialistas consustanciales al ser humano. En 1974, en los estertores de la dictadura franquista, realiza su original obra,

Canta gallo acorralado, sobre la obra homónima del dramaturgo irlandés Sean O'Casey, en versión adaptada libremente por Antonio Gala, y dirigida por Adolfo Marsillac. Temerosa de la censura, Ana Mari convierte los fusiles que aparecían en la obra teatral, en las velas que podemos contemplar en su obra.

Su ejecución pictórica, siempre partirá del contacto con la naturaleza, de ese plenairismo emocional, donde tomará apuntes, dibujos, bocetos y manchas de color, para continuarlo en su estudio donde puede reflexionar sobre lo anteriormente vivido y experimentado. Para ello requería de concentración, introspección y soledad, solamente acompañada de su otra pasión, la música. Así mientras pintaba, escuchaba sus referencias musicales: Mozart, Aita Donostia o sus intérpretes favoritos del repertorio operístico, como fueron el tenor Pavarotti por el que sintió auténtica pasión o las sopranos Fiorenza Cossotto, Renata Scottto y la afroamericana Jessye Norman con su potente y expresiva voz. De su gran amigo y maestro Juanito Eraso, aprendió la grandeza de la música medieval, Renacimiento, Barroco, Impresionismo y las bellas interpretaciones de la música coral vasca, ya que este era el amplio repertorio de la Coral de Elizondo de la que fue coralista, presidenta y entusiasta participante.

Aunque su labor expositiva ha sido fecunda tanto a nivel local, estatal, como internacional (célebres fueron las exposiciones de la Thompson's Gallery e Instituto Cervantes en Londres, Burdeos, Estrasburgo, etc.), se puede decir que ha ido exponiendo en muchos de los lugares donde ha pintado y que anteriormente hemos mencionado. Entre octubre y diciembre de 2013, realizó una exposición que podemos considerar la más importante y completa en su vida artística, fue una auténtica retrospectiva, que con gran acierto la tituló "Toda una vida 1955-2013", más de ciento veinte obras de todas su épocas, inundaron de color los dos pisos del Pabellón de Mixtos de la Ciudadela de Pamplona. Cinco años más tarde, volvió a exponer en el Casino Principal de esta ciudad, aunque siempre su exposición por antonomasia ha sido la que anualmente realiza en el verano en su casa estudio de Elizondo, constituyendo todo un evento social en torno al Arte.

Mi relación con Ana Mari además de artística es personal, a través de la profunda amistad con mi amatxo Ana Mari Tellagorri, que estuvo al frente de las exposiciones veraniegas durante los años 1981 y 1994, tanto en Villa Balda como en su casa estudio de Bergare-

nea y que con su simpatía y buen hacer recibía a los numerosos visitantes, gestionaba y promocionaba su pintura.

ANA MARI MARÍN Y BAZTAN

La vida de Ana Mari Marín ha pivotado en torno a lo que son sus dos pasiones esenciales; ambas se han convertido en su motor vital, la Pintura y Baztan.

Baztan, es su otra finalidad existencial, y a ella ha dedicado toda su vida. Fue una auténtica *factótum* siendo el alma mater de numerosos proyectos, *Baztandarren Biltzarra*, Museo Etnográfico, además de colaborar, participar e impulsar otros, como la Coral de Elizondo, semanas culturales de las décadas de los 70, 80 y 90 en Elizondo, Iruña y Donostia y un largo etcétera. Nada de lo que ocurriera en Baztan le era ajeno, poniendo especial énfasis en la pintura, música y cultura. Su capacidad de entrega le llevó a tomar parte activa en la política local. En el año 1966, y siguiendo los pasos de su *aita* Blas Marín que fue alcalde del valle, en las elecciones del 13 de noviembre fue elegida concejal por el tercio de cabezas de familia, uno de los pocos cauces de participación que dejaba la férrea dictadura franquista. Se presentó junto a su amigo el histórico nacionalista vasco y gran persona Joaquín Azkarate, consiguiendo una espectacular victoria. Como tantas veces en su vida rompía barreras en su género, siendo la primera mujer que iba a ostentar este cargo en el ayuntamiento. Se hizo cargo de una de las concejalías más difíciles, la de urbanismo y siempre contó con el apoyo de su gran amigo Miguel Javier Urmeneta, que le asesorará en todo momento y le abrió las puertas de la Diputación Foral de Navarra. Durante los ocho años que ejerció el cargo, luchó de nostadamente contra las nefastas consecuencias del desarrollismo, que había hecho mella en Elizondo con construcciones de siete alturas, tala de árboles y otros atentados urbanísticos. Así mismo, frente a la ola uniformizadora de aquel momento, hizo una ardua defensa de las instituciones genuinas de Baztan: Junta General, batzarres, ordenanzas, así como el fomento e impulso de la Cultura y del Arte con mayúsculas. Durante tres bienios en distintas etapas, el primero en 1974, fue elegida en *batzarre*, Alcalde – Jurado de Elizondo, cargo al que le tenía un especial cariño, y que le permitió trabajar sin descanso por su pueblo.

Fue mujer de fuerte carácter (de *kozkor* como decimos en Baztan), temperamento difi-

cil, espíritu indomable y extremadamente generosa y hospitalaria. Abrió con su ejemplo y práctica, espacios de empoderamiento femenino hace más de setenta años, rompiendo moldes y convirtiéndose en *rara avis* para su tiempo. Trabajadora incansable, hoy la podíamos denominar gestora cultural, pero Ana Mari fue mucho más que eso, fue una auténtica "activista" del Arte y la Cultura con mayúsculas, como medio de regeneración de una sociedad cada vez más mediocre y materialista. Persona de acción, con dotes de mando y de gestión, llevaba sus convicciones hasta las últimas consecuencias, aunque esto le supusiera enfrentamientos y sinsabores personales. Aunque su carácter era extremadamente individualista, supo crear y dirigir equipos para llevar a cabo sus difíciles proyectos.

En palabras textuales de su hermano Gregorio que le conocía muy bien decía así: "Ana Marín es ante todo individual, tan individual que no podría integrarse en un grupo de individualistas. *Un qui m'aime me suivre* extrapolado al arte". Tanto su persona como su actividad, no dejaron a nadie indiferentes, procurándole fobias y filias. Todo ello, le reportó numerosos disgustos y una repetida queja que avivó su genio, al ver que las distintas instituciones, no han estado a la altura que su Baztan merece. Así mismo, se ha echado en falta un reconocimiento oficial en el valle, que tanto amó y por el que trabajó sin descanso, ya que si de por sí, es difícil ser profeta en tu tierra, en Baztan es tarea casi imposible. Sirva este escrito de emocionado y sentido homenaje, aún más si cabe después de su reciente fallecimiento, a este gran referente pictórico navarro, por su contribución al Arte y al Baztan. ■



Ana Mari Marín, 2018, Foto Calleja (D. de Na).

